

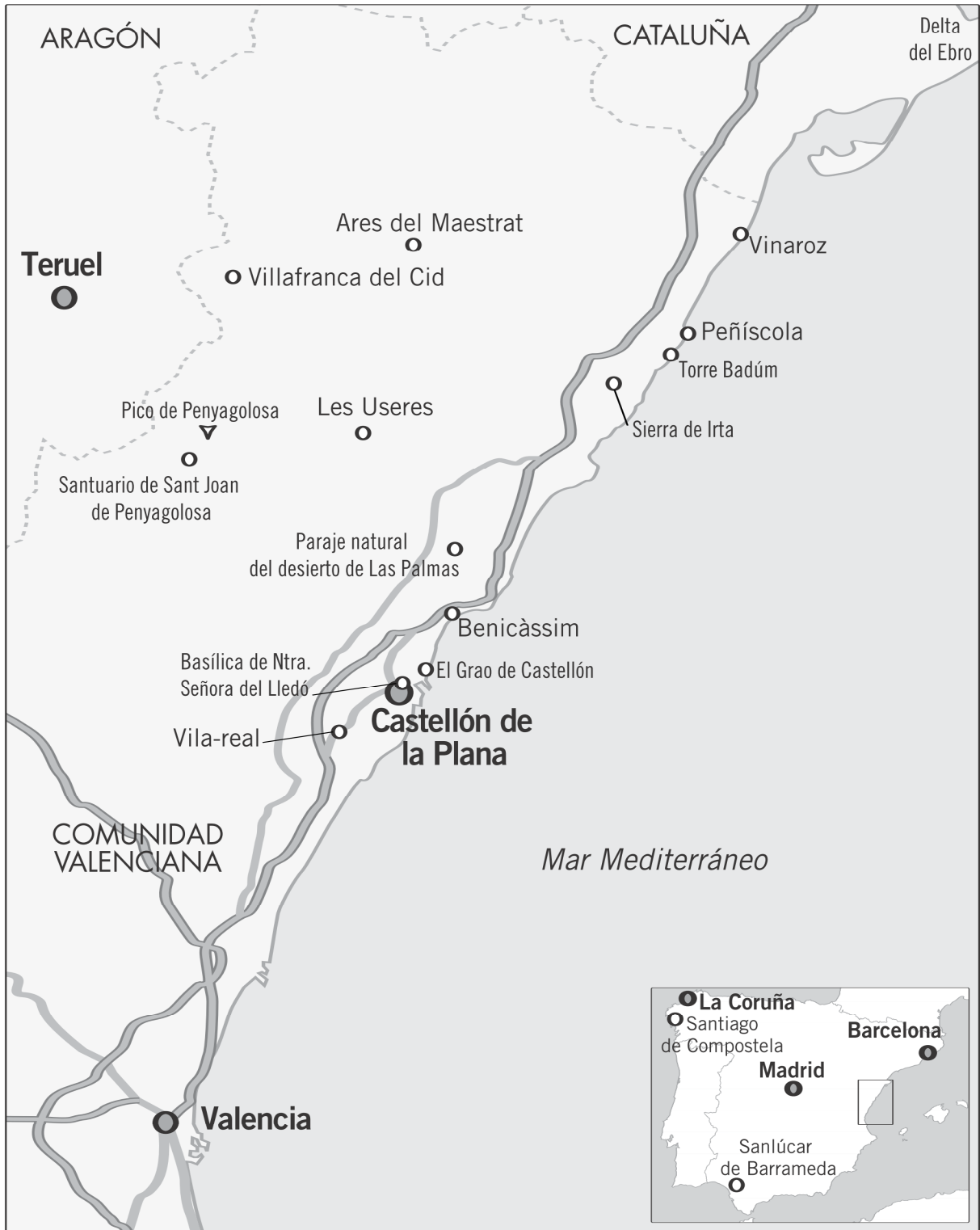
Julio César Cano

**INCLUSO
LA MUERTE
MIENTE**



MAEVA | NOIR

Escenarios de la novela



«Pronto cesará este fuego abrasador.
Subiré triunfante a mi pira funeraria,
y exultaré de júbilo en la agonía de las llamas.
Se apagará el reflejo del fuego,
y el viento esparcirá mis cenizas en el mar.»

Frankenstein, Mary Shelley

—*DE ACUERDO, LES contaré toda la verdad, desde el principio:*

Robé la lupa de empuñadura nacarada, la que se exhibía en la vitrina como si se tratara de una reliquia.

Al llegar al parque tomé un puñado de hojas secas, puse la lente entre el sol y las hojas hasta que el haz de luz focalizó en un único punto. Cuando creí que iba a perder la paciencia comenzó a brotar un hilillo de humo. Luego, de repente, sobrevino una pequeña llama. Fue entonces, en aquel preciso instante, cuando debí pisotear las hojas hasta apagarlas. Sin embargo, las arrastré con el pie hasta el tronco de un árbol caído, seco y carcomido.

El fuego se propagó más deprisa de lo que hubiera imaginado y algo se removió en mi interior. Sin motivo aparente sentí una atracción desmedida hacia lo que veía. Me quedé inmóvil, en un estado de conciencia alterado, como si estuviera en trance. Las llamas prendieron a toda velocidad y los árboles del parque empezaron a arder de forma descontrolada. Alcanzaron un coche que estaba aparcado junto al camino; el fuego se hizo enorme y luego se dirigió, como un fantasma, hacia las casas más cercanas.

Enterré la lupa y hundí las manos en los bolsillos mientras los vecinos salían de sus viviendas. Aterrados, despavoridos.

Asistí con fascinación a lo que estaba sucediendo, a lo que había provocado.

Sentí algo que no esperaba: placer.

Salud, paz y lluvia

COMO CADA ÚLTIMO viernes del mes de abril desde hace setecientos años, los vecinos y visitantes del pueblo de Les Useres, en el interior de la provincia de Castellón, aguardan en absoluto silencio al despuntar el día. Un mutismo sobrecogedor se cierne a las puertas de la iglesia de la Transfiguración del Señor.

Los presentes contienen la respiración cuando *Els Pelegrins de Les Useres* abandonan el templo y caminan descalzos sobre un manto de hiedra mientras se escucha el solemne canto *O Vere Deus*.

Trece hombres, en representación de Jesucristo y los apóstoles, inician la misteriosa peregrinación hasta el santuario de Sant Joan de Penyagolosa para rogar a Dios salud, paz y lluvia.

En el camino deberán superar un desnivel de más de mil metros de altitud a través de un bello paisaje de escarpadas lomas y profundos barrancos, hasta cubrir la larga jornada de distancia que separa el pueblo del santuario. Los peregrinos, que lucen barbas pobladas y visten túnicas de color azul, sombreros de alas caídas y grandes rosarios con cuentas de madera, guardarán silencio durante el camino, escuchando únicamente los cánticos y las oraciones de los cantores y del sacerdote que forman la procesión penitencial. Al anochecer alcanzarán la ermita, donde serán recibidos de forma solemne y se retirarán a descansar al resguardo de una cueva cercana.

A la mañana siguiente, tras la enigmática ceremonia del Perdón, la comitiva regresará al pueblo, donde llegará caída la

noche y será recibida en un ambiente de celebración, con las calles engalanadas de flores y hojas verdes.

Religión, mística, tradición, raíces ancestrales y sentimientos aferrados a la tierra.

Un año más, alguien observará en silencio a cierta distancia para no llamar la atención. Oculto, avergonzado, frustrado.

Humillado.

Miércoles, 18 de junio de 2008

NAT KING COLE fue un cantante y pianista de jazz nacido en Estados Unidos en el año 1919. Su verdadero nombre era Nathaniel Adams Coles. Como no sabía una sola palabra de español y además carecía de habilidades para aprender idiomas, memorizó, palabra por palabra, la letra de un vals venezolano. La canción se titulaba *Ansiedad*.

La espuma de las olas rompía sin fuerza al llegar a la orilla y se esparcía por la fina arena de la que emergían minúsculos cangrejos que, veloces, regresaban al abrigo del mar. Grandes nubes cubrían el cielo como la boina calada de un anciano que otea el horizonte en busca de la respuesta a una incógnita imposible de resolver. El viento permanecía en calma tras una noche sin tregua que había distorsionado la fisonomía de la pequeña cala cercana a Peñíscola.

La abuela Irene recogía enseres que la tormenta había arrastrado hasta la orilla. Para ella eran pequeños tesoros que el mar devolvía a la tierra desde cualquier lugar del Mediterráneo. Un intercambio de objetos de origen desconocido, arrancados a dentelladas por el oleaje, esparcidos aquí y allá sin orden ni control. Un flotador de corcho, una caja de madera con caracteres impresos en alfabeto griego; un bolso ajado, con el forro desprendido, una burda imitación de alguna marca cara; aparejos de pesca, ramas, botellas de plástico y un barril de polietileno.

Desde la pequeña casa construida demasiado cerca del minúsculo arenal llegaba el sonido melancólico de un vals. También el olor a pan, que se mezclaba con el del salitre.

«... mis lágrimas son perlas que caen al mar.»

La mujer seleccionaba de la basura aquello que podía reciclar hasta convertirlo en alguna de aquellas figuras con las que ocupaba las horas, junto a la única compañía de los graznidos de las gaviotas que la visitaban a diario en busca de su ración de comida.

Recogió un remo parcialmente enterrado en la arena. La pala permanecía intacta. La madera era suave y al tacto resultaba un verdadero placer para sus dedos callosos. Lavó la arena adherida hasta que el color de la tabla apareció en todo su esplendor. Parecía de una pequeña embarcación, de un bote o de una canoa. La pala era lisa y roma en sus cantos, para ofrecer la mínima resistencia cuando entrara en contacto con el agua. ¿Quién habría remado con él? ¿A dónde habría ido a parar su compañero? Pensó que un remo solitario era como un alma en pena, como un puzle inacabado, como alguien que hubiera perdido a un ser querido.

«... y el eco de la pena de estar sin ti.»

LA JUEZA ELVIRA Figueroa se sirvió dos dedos de whisky en un vaso y salió al balcón de la estrecha calle de Teruel en la que residía. Observó la torre de la iglesia de El Salvador, de estilo mudéjar aragonés, y admiró su belleza en mitad de la noche: las piezas de cerámica de la fachada coloreadas de verde, de blanco y de cobre, así como el caprichoso repertorio de formas geométricas de los azulejos con espigas encajadas y estrellas de ocho puntas. Recordó la leyenda que escuchó de boca de uno de los guías de la torre mientras la acompañó hasta el campanario, después de ascender los ciento diecinueve escalones que separaban el suelo adoquinado de unas vistas de ensueño.

Omar y Abdalá eran dos arquitectos musulmanes que, a principios del siglo XIV, construyeron sendas torres adosadas para las iglesias de San Martín y El Salvador. La pericia de los mudéjares para la albañilería era conocida y apreciada en todo el reino. Quiso el destino que la joven Zoraida se cruzara en el camino de los dos maestros; la muchacha era pretendida por ambos, pero a ella le gustaban los dos y no sabía por cuál decidirse. Entonces se le ocurrió intervenir al padre de la joven, quien le propuso a los arquitectos que la mano de su hija sería para aquel que alzara la torre más bella en el menor tiempo. Los tres hombres expresaron su acuerdo y comenzaron las tareas. Pasaron los meses y los dos edificios, casi gemelos, se elevaban hacia el cielo de la ciudad.

Omar fue quien terminó la torre de San Martín en primer lugar; llegó el momento de ofrecer orgulloso su trabajo a los turolenses y conseguir con ello a la bella Zoraida. Pero el deslumbramiento duró poco tiempo, pues la torre estaba levemente inclinada. Desolado y enfurecido, Omar trepó hasta lo más alto de la torre y desde allí se precipitó al vacío, lo que le provocó la muerte de forma instantánea.

Días más tarde, cuando Zoraida y Abdalá, unidos ya en matrimonio, se deleitaban con las vistas desde la torre de El Salvador, dejaron escapar un suspiro de melancolía al contemplar la impresionante y particular belleza de la torre del rival, que no por estar ligeramente combada dejaba de ser una de las más hermosas obras del hombre en la Tierra.

Elvira también dejó escapar un suspiro al aire desde el balcón. La noche era fresca y se le encogieron el cuerpo y el alma. Apuró la bebida. No podía dejar de mirar la torre iluminada. Los azulejos reflejaban destellos verdes, azulados, encarnados... Negó con la cabeza, pensó que no era normal. Consultó la hora. Entró en el salón y cerró la puerta del balcón para que no se colara el fresco de aquella pequeña ciudad, injustamente olvidada en tantas ocasiones. Sacudió la cabeza una vez más. «No, no es normal», se dijo. Llamó y el teléfono seguía dando el mismo aviso que en otras tantas ocasiones en las que se había intentado

poner en contacto con él. Había pasado demasiado tiempo desde que Monfort desapareció sin dar señales de vida.

Pese a que no podría conciliar el sueño se metió en la cama. Entrelazó los dedos de las manos por detrás de la cabeza y reflexionó.

Hasta que el cansancio la venciera.

Como tantas otras noches.

Sábado, 21 de junio

ERA EL PRIMER día del verano. Había pasado un mes desde aquello, pero a la subinspectora Silvia Redó no se le iba de la cabeza. Seguía allí, erre que erre, haciendo mella, machacando; más difícil de curar que las propias heridas.

El inesperado descubrimiento de que el agente Robert Calleja era homosexual había sido igual que recibir un bofetón; como el que le propinó su madre cuando con quince años le encontró restos de marihuana en un bolsillo del pantalón.

Ni siquiera un «esto no es lo que parece» o un «deja que te explique». No había nada que debiera parecer ni tampoco que explicar. Robert se lo dejó bien claro en la habitación del hospital, cuando ella fue a visitarlo y descubrió que lo acompañaba un hombre. «Ángel es mi novio, mi pareja», le dijo.

«¿Cómo he podido ser tan imbécil?», se repetía una y otra vez. Seguramente fue la última en darse cuenta y los demás se rieron a su costa. Le hubiera bastado con decirlo, nada más, sin tapujos. En todo caso, podía haber elegido una forma menos dramática de revelarlo.

«Vive y deja vivir» había sido su lema desde siempre. Era mujer, policía y soltera, y tenía la certeza de que más de uno lo interpretaba por el lado que no era. Pero creía que él se había encaprichado de ella; no es que se lo hubiera manifestado de forma elocuente, pero se lo decía el corazón. Sentía un cosquilleo extraño en su presencia, aunque la coraza era tan dura que apenas

traspasaba la capa para poder pinchar en algún lugar. En todo caso, ahora ya no había nada que hacer. La verdad había estallado como un disparo. Las cosas eran así y ella debía aprender a interpretar mejor a las personas antes de creer lo que no era.

Durante días estuvo convencida de que estaba enamorado de ella hasta las trancas, tal y como él mismo hubiera dicho con su gracioso acento. Si no, ¿por qué le decía aquellas cosas que a ella le sonaban a declaraciones de amor? ¿Cómo podía no haberse dado cuenta de la verdad?

Sus reflexiones volaron hacia otra persona. No había vuelto a ver a Monfort desde aquel día.

A la salida del hospital, aturdida y llorosa como una adolescente despechada, no lo buscó. Se subió al primer taxi libre y regresó a su piso, ubicado junto al edificio de correos. Durante el trayecto el taxista quiso entablar conversación, pero ella no escuchó ni una sola palabra de aquel intento de charla banal acerca de la climatología, de sus visibles heridas o de lo que fuera que quisiera hablar el conductor. Abonó el importe de la carrera y subió las escaleras despacio a causa del dolor que le magullaba todo el cuerpo, que no el corazón, porque ese ya estaba roto en mil pedazos. Abrió la puerta y dio un sonoro golpe dejándolo todo atrás, como un punto final, como si quisiera borrar el resto de la vida. Se tumbó en la cama y clavó la vista en un lugar concreto del techo de la habitación. Dormir iba a ser tarea imposible, así que abrió el cajón de la mesita y sacó las pastillas que creía haber olvidado de una vez por todas.

Ahora estaba a punto de hacer lo mismo, como cada noche desde entonces, pero una llamada de teléfono la detuvo: en una mano, la pastilla, en la otra, el vaso de agua, el móvil zumbando en la mesilla de noche y la pantalla iluminada con el mismo nombre, como todos los días.

—¡A la mierda!

Rubén

DE PIE, CON la puerta de la nevera abierta y los pantalones caídos, observaba con ansiedad los restos de comida que quedaban en el interior. Podía llamar por teléfono y pedir una pizza o comida china, pero no quiso esperar, así que agarró el tarro de mayonesa y una bolsa de pan de molde y regresó al sofá frente al televisor, en el que ningún canal aguantaba más de veinte segundos sin que él lo cambiara de forma compulsiva con el mando a distancia.

En los últimos meses había conseguido adelgazar ocho kilos gracias a una dieta estricta que siguió a rajatabla hasta que ella le dijo: «Ahí te quedas». Así de parcas fueron sus palabras. Se había cansado de sus manías, de sus vicios, y se largó con viento fresco; desapareció de su vida de la misma forma en la que había llegado, y con ella se fueron al traste todos los impulsos por sentirse un poco más atractivo, algo que hasta el momento en el que irrumpió en su vida no le había importado lo más mínimo, pero que entonces le pareció la única razón de estar vivo: perder peso, bajar kilos, conseguir un perímetro abdominal moderado, poder cortarse las uñas de los pies, caminar sin ahogarse, subir las escaleras, hacer el amor en posturas normales. Todavía le retumbaba en la cabeza aquello que dijo el día que se marchó: «Ni siquiera te la ves cuando vas a mear».

Untó de mayonesa la quinta rebanada, la dobló y se la metió entera en la boca.

Siempre había estado enamorado de otra persona, de alguien que no pudo tener a su lado. La amaba desde que era un niño. Había intentado borrarla de sus pensamientos millones de veces, pero le resultaba del todo imposible. Apenas mantenían un mínimo contacto; quizá una vez al año un triste mensaje de «Feliz Navidad», un falso «Cuídate mucho» o un desangelado «Nos vemos pronto», que quería decir lo mismo que «Nos vemos en el infierno».

Siempre había sido gordo. En la escuela se mofaban de su aspecto. Era el blanco de las burlas de algunos compañeros indeseables. Sus padres regentaban una cadena de carnicerías y él se ponía morado de chorizo y de queso. A su padre se lo llevó un infarto demasiado pronto y las piernas de su madre hacía tiempo que habían dicho basta. Sus tobillos adoptaron la misma forma que el cuello de un toro y fue incapaz de mantenerse de pie. Traspasaron las carnicerías, sepultaron los recuerdos del padre y la grasa se adueñó de su cuerpo y de su alma. Su madre vivía encadenada a un andador y él a la despensa. Por suerte el alquiler de las carnicerías reportaba pingües beneficios.

Una tarde, la joven ecuatoriana que había empezado a cuidar de su madre lo encontró sentado en el sofá dando buena cuenta de un queso entero y de una botella de buen vino. Le dio por reír. Lo encontró gracioso. Se sentó junto a él y ambos trasegaron con el queso y el vino; carrillos hinchados, mofletes sonrosados. A la muchacha le pareció divertida su forma de ser, su sinceridad y las palabras de cariño y de afecto que él no dudó en promulgarle aquella tarde. Rubén creyó que a ella le faltaban ambas cosas, el cariño y el afecto, y al día siguiente sus cuerpos rodaron bajo las sábanas en una bacanal de sexo y comida. Pero ahora ella ya no estaba, se había marchado harta de sus hechuras de gordo infecto. Antes de largarse robó todo lo que encontró de valor en los cajones de la casa. No la había vuelto a ver, ni ella había dado ninguna señal de vida. Ni siquiera fue capaz de denunciarla. Se esfumó y lo dejó allí, tirado, delante del televisor, con la panza hinchada y el pene oculto por la misma.

Consiguió una plaza para ingresar a su madre en una residencia. La ecuatoriana se había esfumado, su madre también se iría. Fue como pasar una página, cerrar un libro, olvidar parte de una vida. Volver a empezar. Sabía que a partir de ahí todo iría a peor, pero no volvió la vista al salir por la puerta del asilo.

Un sonido anunció la llegada de un mensaje en el teléfono. La primera reacción fue de esperanza; quizá fuera ella, que quería volver a su lado, pedirle perdón por las ofensas, devolver lo que había robado. La segunda reacción, tras ver el nombre que aparecía escrito en la pantalla, fue de estupefacción.

Leyó el mensaje lentamente.

La boca le dibujó una sonrisa de luna creciente en su redonda cara.

Álex

DESDE QUE AQUEL profesor de la Universidad de Castellón citó a sus padres para informarles de que estaba a su disposición una sustanciosa beca para que realizara los últimos cursos de la carrera en una universidad más acorde con sus excelentes resultados, todo se fue al traste.

Lo recordaba mientras miraba a través de los cristales de la residencia de paredes ennegrecidas de las afueras de Santiago de Compostela. La lluvia, fina pero constante, caía un día más de forma inmisericorde. Un grupo de turistas asiáticos fotografiaba la escalera neobarroca que comunicaba el campus universitario con el parque de la Alameda. La residencia, más que un lugar en el que habitaban estudiantes y profesores, parecía un convento. Un convento de clausura, a su modo de ver. Estudiar y vivir entre aquellas paredes lo encadenaba a aquel lugar como nunca hubiese podido imaginar, por hermosa que fuera la ciudad.

Santiago de Compostela, como una isla de piedra en mitad de un bosque verde, con las majestuosas torres de la catedral oteando el horizonte a la espera de peregrinos llegados de todos los rincones del planeta, y que frente al Pórtico de la Gloria adquieren la firme convicción de que no se trata del final del camino, sino del principio.

La niebla y la lluvia; desde el aguacero hasta el nubarrón que se posa y oculta la ciudad para conferirle su impronta mística; orballos, calabobos, arrumacos furtivos bajo los soportales a la espera de que escampe; bares, tabernas, ribeiro, albariño, lacón con grelos, pulpo y más pulpo cocido en calderos de cobre pulcros como una patena. Lluvia y piedra. Santiago, donde las calles son rúas desordenadas y las paredes de granito, páginas en las que se escribió la historia. Desde la rúa das Hortas hasta la de San Pedro, nadie puede contemplar semejantes maravillas en otro lugar que no sea en Santiago de Compostela.

Pero Álex estaba harto. Hasta allí lo habían enviado sus padres después de que los profesores decidieran que sus conocimientos eran demasiado valiosos como para quedarse en Castellón. Ellos estaban encantados, sobre todo porque les saldría gratis. Para él fue como un destierro, una marcha de difícil retorno. No tuvo ni voz ni voto, nadie le preguntó su parecer. Y en la Universidad de Santiago volvió a destacar una vez más, el número uno de su promoción, como siempre. Tuvo tiempo también para dedicarse a sus aficiones favoritas, unas más lícitas que otras, pero eran sus aficiones al fin y al cabo.

Fuera seguía lloviendo, los turistas se habían marchado. Las calles del campus, apenas senderos de gravilla ordenados junto al pequeño estanque y a los árboles centenarios de los verdes parterres por los que había paseado tantas veces. Le sobrevino un ataque de tos, la maldita humedad de la ciudad le encogía los pulmones como si se tratara de una esponja sucia. Las nubes que llegaban desde el océano penetraban en tierra firme a través de la ría de Arousa y, tras topar con las montañas circundantes, vertían la omnipresente lluvia en Santiago. Las precipitaciones conferían a la localidad su rasgo característico, cuajaban los jardines de musgo y cubrían las piedras de líquenes, otorgaban color ambarino a las calles y a las paredes de los edificios, regalaban autenticidad a un lugar de por sí genuino

como pocos en el mundo; pero a él le sentaba fatal, lo mataba en vida. Volvió a toser y sintió que le faltaba el aire.

Ahora los acontecimientos se habían precipitado. Debía romper con todo, abandonar los estudios, volver y tal vez dedicarse a lo que le gustaba, a aquello que había descubierto. Al final, que lo enviaran a estudiar allí no había sido tan mala idea. Quizá había dado con su verdadera vocación, su parcela en el mundo, su ilusión, la forma de quitarse de la cabeza otros asuntos.

Estudiar Teatro sin que sus padres lo supieran fue realmente sencillo. No les dijo nada, tampoco le preguntaron, y él no pensaba darles ninguna pista. Si todo el mundo mentía, por qué no iba a hacerlo él también.

Podía decir que quería crear una pequeña compañía de teatro en Castellón. Aquello le abriría las puertas a un horizonte que había creído cegado de nubes grises.

—¿Álex? ¿Estás ahí? —La voz tenía un marcado acento gallego.

—Sí, aquí estoy —respondió a la llamada del compañero de la residencia de estudiantes.

—El taxi está esperando.

Ana

OTRO CIGARRILLO, UN nuevo achuchón. El volumen de la música estaba demasiado alto y las canciones eran insoportables. El tipo estaba bien, aunque sus manos eran veloces como una lagartija en verano. Ella no iba a dejar que fuera más allá por el momento. No pensaba hacer nada con él aquella noche y menos tal como pretendía, en el asiento de atrás del viejo coche con el que la había llevado hasta allí, que olía a todo menos a seducción.

Sus dedos exploraban sin cesar, arriba y abajo, mientras ella intentaba zafarse y la música sonaba de forma atronadora

escupiendo más agudos que graves a través de los grandes altavoces colgados en las esquinas del local.

Los últimos retoques del tatuaje le producían un escozor persistente. La serpiente nacía en una de sus nalgas y zigzagueaba por la espalda hasta el cuello. Multicolor, con la piel tersa y las escamas brillantes. La lengua bífida de un rojo sexy, casi en relieve, le lamía la base del cuello. Se había excitado al verse reflejada en el espejo del estudio del tatuador cuando este hubo terminado el trabajo.

El joven la agarró del trasero con una mano fuerte como una tenaza. Ella le hubiera clavado la rodilla en la entrepierna y por fin todo se habría acabado, pero aún no había cumplido lo que quería hacer. Optó por zafarse una vez más.

A la mañana siguiente debía presentarse a primera hora en el tanatorio. La testosterona de su acompañante no le iba a impedir estar despejada para desempeñar de forma correcta su trabajo como tanatoesteticista, ahora que por fin tenía un contrato fijo tras evaluar durante meses que realmente era buena en lo que hacía. Atrás habían quedado las largas horas de estudios y las maratónicas prácticas gratuitas de tanatorio en tanatorio.

Se trataba de un viejo conocido. Quizá le gustara, sí, pero no iba a permitir que se saliera con la suya tan pronto. Tenía que sufrir un poco más.

Así que en cuanto intentó meterle mano de nuevo lo sujetó por los hombros y se lo quitó de encima. Se la quedó mirando con ojos de cordero degollado.

—¡Me voy! —le espetó Ana.

—¿Cómo que te vas? —La pregunta reflejaba incredulidad.

—Sí, me voy —insistió ella.

—¿Y yo qué hago ahora?

—Te la pelas si quieres, como un mono, pero yo me voy. ¿Me llevas o me pillo un taxi?

El joven pensó que si se ofrecía a llevarla en su coche quizá se ablandaría y podría aprovechar para que pasaran a los asientos traseros.

Ana le leyó el pensamiento.

—Espera un momento, tengo que ir al baño —le dijo—. No te muevas de aquí.

Pero pasados diez minutos él supo que se había marchado y que lo había dejado plantado, apoyado en la pared de aquel bar de polígono en el que la música era pésima y lo que poblaba la pista de baile daba más pena que gloria.

El taxista atendió la petición y partió deprisa en busca de la dirección que le había indicado Ana, «la maquilladora de muertos», tal como la apodaban cuando querían meterse con ella. Aunque le daba exactamente igual, porque aquello era lo que le gustaba ser y siempre le había importado una mierda lo que los demás pensarán de ella.